

Entre sus muchas virtudes, el libro cuenta al final con una bibliografía comentada que apoya lo que se ha escrito en torno al cuerpo, el género y la guerra. Esta no es más que una de las posibles lecturas que el texto de Lucía Rayas nos ofrece. Sólo baste decir que, en estos momentos de glorificación de las luchas armadas en nuestro país, es un referente obligado para entender qué pasó con las mujeres en la guerra y cómo, con total desparpajo, la historia nos borró de un plumazo de sus páginas.

Rosío Córdova Plaza
Universidad Veracruzana

MÍLADA BAZANT, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno*, Toluca, Estado de México, El Colegio Mexiquense, Secretaría de Educación Pública del Estado de México, Colección Mayor, 2009, ISBN 968-484-655-X

El último libro de Mílada Bazant sorprende e inquieta. Sorprende porque dice mucho más de lo que ofrece, e inquieta porque al referirse a un periodo complejo y difícil de nuestra historia deja implícitamente planteadas preguntas que son un reto para nuevos estudios. Cultura literaria y revolución, educación e identidad, prejuicios y valores, modernidad y tradición, mujeres y desigualdad, son apenas algunas de las posibles combinaciones conceptuales que subyacen a lo largo del texto. Podría decir que éste es el dilema y el “truco” del historiador: seguir la línea de la investigación, pero sin desechar la multitud de problemas, situaciones, personajes y decisiones aparentemente incomprensibles que aparecen “pegados” al problema de que se trata. Y como en este caso se trata de una biografía, su protagonista, Laura Mén-

dez, no podría haber pasado por su mundo y por su tiempo sin impregnarse de las ideas y de los riesgos de una sociedad en efervescencia modernizadora. Quizá no alcanzó a dejar una huella profunda, pero tampoco pasó “como el rayo de sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo”. Siguiendo el símil del catecismo, Laura no logró romper la cárcel de prejuicios que encerraba a las mujeres de su tiempo y por ello salió lastimada en sus intentos de independencia, lastimada y manchada, porque pagó caro el haber desafiado las normas, el haber sido pionera en una lucha contra la corriente que tardaría varias décadas en ser reconocida; lo pagó con su reputación personal y su prestigio profesional, y con una vida llena de desgracias y decepciones. La vida de Laura es compleja y fascinante, pero lo es, sobre todo, porque en la pluma de Mílada Bazant esa complejidad se humaniza y se integra al ambiente en que vivió. Los fracasos de Laura Méndez como amante, como esposa, como madre y como maestra, se convierten en gestas heroicas en un combate contra la sociedad conservadora de fines del siglo XIX y contra los rencores revolucionarios de las primeras décadas del XX.

A lo largo de las 500 páginas del libro, parecería que la autora espera que nos identifiquemos con su heroína, que la comprendamos, que nos rebelemos junto a ella ante las injusticias y que nos lamentemos con ella de sus infortunios. Pero la investigación y la exposición son lo suficientemente serias como para eludir el sentimentalismo fácil y la justificación anacrónica. La imagen que este libro nos muestra no es un estereotipo digno de ser admirado o criticado, sino un ser humano complejo sumergido en un ambiente mezquino y rodeado por individuos egoístas. Estamos demasiado acostumbrados a que los personajes de la historia se presenten como estampas de un juego de lotería: “el héroe”, “el villano”, “el revolucionario” o “el conservador”, y aceptamos los clichés que los representan en una sola de sus facetas, aquella que los hizo entrar en la historia. Si aplicáramos esa regla a Laura

Méndez tendríamos que mencionarla como la maestra, la poetisa, la incomprendida, la rebelde... y siempre nos quedaríamos a mitad de camino porque, como todos los seres humanos, como todas las mujeres y como las mujeres que tuvieron inquietudes intelectuales, Laura Méndez tuvo una personalidad conflictiva, que Mílada Bazant refleja en este libro.

La primera pregunta que queda pendiente se refiere al feminismo, real o imaginario, de Laura Méndez y, ampliando la pregunta, a la posibilidad de que la doctora Bazant haya pretendido escribir un texto que pueda integrarse a la literatura feminista. Porque cuando se refiere al feminismo de Laura es evidente que considera los múltiples significados del feminismo, palabra cuyo contenido ha cambiado a lo largo de los años. ¿Podríamos referirnos a lucha política, independencia económica, rechazo de los papeles tradicionalmente femeninos, libertad sexual? Una lectura cuidadosa puede darnos algunas respuestas.

En las primeras páginas confiesa la autora su admiración por aquellos biógrafos que han logrado el ideal de André Maurois de reflejar conjuntamente la vida y la época de un personaje. Con esta aspiración podría hacerse la biografía de cualquier hombre o mujer identificado con la cultura de su tiempo. Y con este enfoque, el biógrafo y el biografiado dan testimonio de unas circunstancias sin las que no tendrían sentido los acontecimientos que se relatan. Sin duda esta meta ha influido en la forma en que Bazant ha contemplado a su protagonista dentro de los ambientes en los que discurrió su azarosa vida.

Además apreciamos que Mílada Bazant pretende hacer una lectura amena, porque cree en la historia compañera de la literatura. De este modo recuerda el ideal griego representado por Clío, que no en vano era una de las nueve musas. Así que la figura de Laura Méndez fue la inspiración que le permitió dar vida a la serie de retratos del monótono ambiente provinciano, de las inquietudes políticas y literarias de una generación, de la siem-

pre fallida confianza en la educación como redentora de miserias, y de las incompetencias y envidias de una burocracia capaz de arruinar las mejores intenciones. Muchos personajes, muchas situaciones y una época de grandes cambios dificultan la tarea de mantenerse imparcial ante los hechos; sin embargo, y pese a su clara actitud de simpatía hacia lo que Laura representó, repetidamente muestra la autora que no se ha dejado enredar en las trampas de las fuentes. Advierte la imposibilidad de que una información sea cierta cuando contrasta con otra debidamente comprobada. Como el insidioso relato de Rosario de la Peña acerca del encuentro de Laura con Manuel Acuña. Por otra parte, ya que es un libro de historia y no de historia literaria, no procede discutir si Laura Méndez fue una poetisa insigne o una discreta representante de las corrientes poéticas de su tiempo; un tiempo de inquietudes en los que pudo ser ¿romántica?, ¿parnasiana?, ¿simbolista?. No era fácil escalar la altura en que se movieron sus contemporáneos; primero Acuña y después Ramón López Velarde, Amado Nervo o Manuel Gutiérrez Nájera. Los fragmentos de sus poemas que se reproducen en el libro permiten apreciar una técnica impecable y una fina sensibilidad. Y me queda la curiosidad de saber si la única novela que publicó fue realmente algo notable. Esperemos que la obra de Laura Méndez se publique en fecha próxima y nos permita juzgar sus méritos literarios. Lo que podemos leer entre líneas es que a Laura le atrajo la poesía romántica tanto como el mismo Manuel Acuña que la representaba, pero su entrega sin reservas y el embarazo inoportuno eran incompatibles con la imagen de amores imposibles y finales desdichados ideales del romanticismo.

El ambiente en que nació Laura Méndez no era favorable al desarrollo de inquietudes intelectuales, sino que, por el contrario, pudo haberle proporcionado un cómodo bienestar dentro de una sociedad que cuidaba las apariencias. Su abuelo materno, el francés Émile Lefort, tuvo negocios de panadería, pastelería y fondas,

que comenzaban a llamarse restaurantes. Su padre, Ramón Méndez, hijo del propietario de una cadena de tiendas de telas, fue contratado como administrador de una hacienda cerca de Amecameca. Nacida en 1853, Laura pasó los primeros años de su vida en espacios pueblerinos, hasta que sus padres regresaron a la ciudad de México. Ya como alumna de una escuela pública y alojada en una modesta vecindad, la autora sugiere que comenzó a gestarse el feminismo de Laura. Sin duda se trata de una licencia de la imaginación histórica, avalada por el comportamiento posterior de la inquieta protagonista, aunque no tanto por sus opiniones, ya que si bien es cierto que en algunos aspectos Laura vivió como convencida feminista, su permanente lucha por la supervivencia no le dejó mucho espacio para reflexiones teóricas o luchas sociales. Entre el comportamiento tradicional de la mujer “caída” y el atrevimiento combativo de la creadora brillante, a Laura le faltó la astucia y la sutileza propias de la cultura femenina, que han utilizado como armas las mujeres a lo largo de la historia.

En una sociedad mayoritariamente conservadora, anticuada, y restrictiva en cuanto a la formación femenina, la ley de educación de 1867 cambió el panorama escolar y abrió posibilidades a las mujeres dentro de la vida intelectual. Aunque su programa no era idéntico al de los varones, sí tenían igual acceso a la educación. A los 17 años Laura ingresó a la Escuela de Artes y Oficios, donde tuvo por maestro a Enrique de Olavarría y Ferrari, con quien también llevó cursos de teatro. Según su biógrafa, para leer a los poetas en su lengua original aprendió, además del francés, inglés y alemán. Lenguas que le fueron de gran utilidad durante sus largas estancias en Estados Unidos y Alemania; incluso en sus últimos años inició el aprendizaje del latín, un interés probablemente inspirado por su experiencia, tras haber dedicado la mayor parte de su vida a la educación de la infancia. En plena juventud debió romper relaciones con su familia y se trasladó con su hermana a vivir en un piso alquilado. Sin ingresos fijos ni

dinero propio, pasaron necesidades y de vez en cuando acudían a que les dieran de comer en las tiendas del abuelo.

Fuentes dispersas y contradictorias hablan de sus amores con Manuel Acuña, que duraron poco más de un año. Más que una conclusión categórica, el libro nos ofrece algunas referencias, acompañadas de las composiciones poéticas con las que Laura se refirió a su periodo de ilusión y a la tristeza de la despedida, cuando Manuel la rechazó al saber que estaba embarazada. Sin duda nadie podrá saber si Acuña fingió un amor que no sentía o, como poeta que era, se limitó a embellecer un sentimiento pasajero y a dramatizar después una separación inevitable. Amigo de Acuña y “poeta de buen gusto”, Agustín Cuenca, condolido de su situación de penuria, la llevó a vivir con él y aceptó al hijo de su amigo, que murió pronto. Después de tener tres hijas ilegítimas y pasados varios años de convivencia turbulenta, decidieron casarse. Pero el matrimonio no le proporcionó a Laura ni la seguridad económica que tanto necesitaba ni un afecto verdadero, porque Agustín no abandonó su vida disipada, y tampoco fue capaz de adaptarse a la disciplina de trabajo necesaria para mantener una familia. Laura sufrió el rechazo de la sociedad, pero quizá le dolió más verse marginada del ambiente literario que le atraía, porque su maternidad y la pobreza la agobiaban. Mientras su marido recorría salones literarios —a los que ya era frecuente que acudieran mujeres—, tabernas y burdeles, ella amamantaba a sus hijos o lloraba su pérdida.

Entre infidelidades y peleas, separaciones y reconciliaciones, Laura pudo publicar algunas composiciones poéticas en la prensa y tuvo otros dos hijos, éstos ya legítimos. Ella era una madre obsesiva con la disciplina, la comida saludable de los niños y la higiene, lo que no resultó suficiente para darles una vida sana. Para cuando enviudó en 1883 (ella tenía 30 años) sólo sobrevivían Alicia, de siete años, y Horacio, de cinco. Ambos débiles y enfermos. En diez años había tenido seis hijos y había visto morir a

cuatro. Consiguió una plaza de maestra de kínder, aunque carecía de título académico, lo que no era grave inconveniente porque pocas maestras lo tenían. Completó los estudios de magisterio y obtuvo el título cuando tenía 32 años, en 1885. Como maestra y directora de escuela recibió quejas por su excesivo rigor y numerosas ausencias, hasta que solicitó licencia. Quizá en busca de un ambiente más libre y progresista, se trasladó a Estados Unidos y durante unos años residió en San Francisco y fundó la *Revista Hispanoamericana*, mientras sus hijos completaban sus estudios.

Un nuevo fracaso la esperaba cuando regresó a México para hacerse cargo de la subdirección de la escuela normal de Toluca, donde le resultó intolerable el régimen escolar, el anticuado reglamento y la mojigatería del ambiente. Pero pronto se pudo sentir compensada con una nueva oferta de trabajo, el mayor reconocimiento que recibiría en su vida, cuando Justo Sierra la envió a Estados Unidos con la comisión de investigar el sistema educativo. En este periodo envió mensualmente informes de escuelas, recibió varios premios por sus poemas, publicó la novela *El espejo de Amarilis* y, según nos informa Mílada Bazant, participó como promotora de movimientos feministas. Esta afirmación queda un tanto en el aire, porque no parece corresponder a lo que las citas textuales demuestran. Mientras tanto, su hijo Horacio murió de tifo en 1902 y su hija Alicia comenzó a tener accesos de locura, por lo que ya no se separó de ella.

Es indudable la actitud conservadora en su informe sobre la educación femenina, en el que se refiere a la libertad que, según ella, no beneficia a las mujeres sino que las hace sufrir. Concluye que la educación americana produce buenos artesanos, hombres de empresa y profesionales, pero “ni esposas, ni madres, ni amas de casa, ni siquiera criadas de servicio, pues oficios son éstos a cargo, por ahora, de las mujeres extranjeras”.

En vez de americanizar a la mujer mexicana, emancipándola enteramente, estoy por que se le instruya liberalmente, se le habilite para luchar por su pan [...]; no creo que debamos arrancarla del hogar, como aquí se ha hecho, pues ni ella es feliz en medio de tanta libertad, ni siente por ello gratitud hacia el hombre que se la otorgado sino odio profundísimo, cuando no desprecio (p. 276).

Desde mediados del siglo XIX, en el mundo occidental se generalizó el interés por la educación y los gobiernos asumieron la responsabilidad de crear sistemas educativos; los nuevos países americanos confiaron en que sería el recurso que necesitaban para lograr la unidad nacional. Los educadores decimonónicos idearon modelos pedagógicos y compartieron sus experiencias mediante reuniones internacionales, que se realizaron periódicamente durante varias décadas. Laura asistió como comisionada especial de educación al cuadragésimo tercer Congreso Internacional de educación en San Luis, donde tuvo un altercado con el encargado de la exposición, lo que suscitó la crítica de Porfirio Díaz, quien consideró indecorosa la conducta de Laura. Justo Sierra la disculpó, pero reconoció que ella tenía un carácter mordaz e intolerante (p. 283). Poco tiempo después se quejaba el mismo Justo Sierra de una carta de ella, “violenta y áspera como todas las suyas”.

El informe de Laura de lo que se habló en las sesiones es muy interesante y muestra el predominio de opiniones conservadoras: el peligro de que los maestros alentasen la actividad de los sindicatos; que la educación de la raza negra (inferior) debía ser limitada; el éxito en Filipinas gracias a la erradicación de la lengua local y del español en la escuela pública gratuita; se deploraban los funestos resultados de la coeducación; la escuela superior para las mujeres trastornaba las leyes de la naturaleza porque ellas se masculinizaban con el ideal de parecer hombres. Claro que nada de esto son opiniones de ella, pero una vez más queda en duda su feminismo cuando declara, ahora sí con convicción, que la eman-

cipación femenina promovida en las escuelas tendría altos costos sociales porque ocasionaba estragos de auténtica desintegración familiar y profundizaba las diferencias éticas y sociales (p. 276).

En 1906 viajó al congreso de educación en Italia y luego a Alemania, una vez más como observadora de las nuevas tendencias educativas. En Berlín estuvo casi cinco años con su hija Alicia, y le sorprendió que en Alemania se castigara a los niños con golpes, bofetadas o punterazos; en México estaban prohibidos los castigos físicos desde la reforma de Juárez. Mílada Bazant anota que “con la edad se volvió una intransigente moralista” (p. 333), pero, a juzgar por su biografía y por sus textos, se diría que Laura nunca pretendió poner en duda la validez de la moral imperante, sino que fue una joven de notable inteligencia, con méritos literarios suficientes para abrirse espacio en un ambiente de figuras destacadas, y que fue arrastrada por una pasión juvenil, deslumbrada por el poeta inspirado que fue Manuel Acuña, quien nunca fue el amante leal que ella esperaba; simplemente amaba a otra y prefirió liberarse de la joven inexperta que era Laura. También parece seguro que su experiencia y sus viajes le dieron conocimientos pedagógicos superiores a lo aprendido en la escuela, los cuales se reflejaron en sus escritos. Sugiere la autora que es muy probable que los informes de Laura sobre las experiencias de otros países influyeran en la reforma de la educación promulgada por Justo Sierra en 1908, con carácter nacional; pero no fueron las únicas aportaciones pedagógicas que llegaron a México, ya que por aquellas fechas se introducían novedades en las escuelas de Enrique Laubscher en Orizaba y Enrique Rébsamen en Veracruz.

Otro fracaso de Laura fue que rechazaran el libro de texto que preparó para las escuelas. En cambio pudo publicar *El hogar mexicano*, de economía doméstica. Regresó a México en julio de 1910, en medio del alborozo por los festejos del centenario. Poco después estalló la revolución. En esas circunstancias era difícil que le perdonaran su afinidad con el régimen de Porfirio

Díaz. Y así fue cómo con cerca de 70 años y su salud deteriorada, le tocó ser inspectora de las escuelas de Xochimilco y Milpa Alta e impartir clases de español para los adultos que sólo hablaban náhuatl. Más tarde fue ayudante en una escuela elemental, y mientras imploraba por un puesto acorde a su nivel intelectual le exigían impartir clases de labores manuales y le pedían documentos imposibles de conseguir. La mala voluntad de la directora de la escuela y el desdén de las autoridades educativas pueden atribuirse a recelos políticos y al difícil carácter de Laura. Por fin se jubiló en 1926, con 73 años.

La agitada biografía de Laura Méndez da oportunidad a M. Bazant para exponer la situación de México antes y después de la revolución, el ambiente literario, las pugnas políticas, los esfuerzos por difundir la enseñanza escolar y las trabas impuestas por la creciente burocracia. Si bien la personalidad de Laura domina todos los capítulos, no deja de apreciarse en ellos la capacidad de reflexión y la sensibilidad histórica de la autora, para destacar los momentos sobresalientes en el mundo de la política y de las letras, las circunstancias críticas, el impacto de novedades e influencias extranjeras y los choques entre figuras públicas y actitudes antagónicas. Más que leer una biografía, disfrutamos una historia de las entretelas de la vida de un país convulso y de una sociedad indecisa entre la tradición y la modernidad. Sin la pretensión de presentar un estudio literario de la época ni un análisis de la política nacional, el libro nos ofrece los datos necesarios y los comentarios pertinentes para comprender la vida en México en el difícil paso del porfiriato a la revolución y posrevolución. Hay erudición pero, sobre todo, domina la capacidad para entender la importancia del ambiente en situaciones aparentemente irrelevantes de la vida cotidiana. No importa tanto enumerar nombres, fechas o acontecimientos como encontrar los detalles que nos permitan, a la vez que disfrutar con la lectura, tener la satisfacción de comprender mejor nuestra historia.

Y la respuesta a la pregunta pendiente es que Mílada Bazant está lejos del feminismo militante y de ninguna manera pretende hacer una historia de mujeres al margen de los hombres, lo cual habría dado la razón a quienes piensan que son, efectivamente, mundos aparte. Al reflejar las contradicciones entre la tradición y la modernidad, el libro es una aportación a la historia del México del tránsito del siglo XIX al XX contemplado por los ojos de una mujer cuya tragedia consistió en vivir en un mundo que apenas podía admitir sus méritos literarios y siendo compañera de poetas que la relegaban a una posición subalterna que, según sus convicciones, le correspondía como mujer. Y Laura no estuvo tan alejada del feminismo, pero el feminismo del siglo XIX nada tiene que ver con el del XXI. Ella renunció a los “placeres de esclava” que satisfacen a las mujeres sumisas dependientes de las dádivas masculinas, pero no a la maternidad, que le proporcionó más dolores que gozos; criticada por su liviandad, fue, sin embargo, una fiel esposa y viuda de intachables costumbres. A Laura no la dejaron ser heroína y tuvo que esperar casi un siglo para que su biografía nos la muestre como la valiente e inteligente mujer de carácter brusco y tesón indomable que realmente fue. Y su biógrafa ha logrado más que un retrato individual, una panorámica de su tiempo.

Pilar Gonzalbo Aizpuru

El Colegio de México

GUSTAVO GARZA y JAIME SOBRINO (coords.), *Evolución del sector servicios en ciudades y regiones de México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, 2009, 875 pp. ISBN 978-607-462-034-4

A pesar de la creciente hegemonía de las actividades de servicios y de su alta concentración en zonas metropolitanas, en México